

BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
—→←—
INFORMES
—

I

EMANUÉLE THÉRÈSE

SU HISTORIA POR LA INFANTA DE ESPAÑA DOÑA MARÍA DE LA PAZ,
PRINCESA LUIS FERNANDO DE BAVIERA

Cuando hemos tenido en España tantas Infantas, Reinas y hasta Emperatrices que eligieran un monasterio para morada de recogimiento y oración, abandonando los palacios en que habían nacido y las fiestas y saraos con que se había querido retenerlas en el siglo, no parece debiera traerse á la memoria de esta Real Academia la de la hija de un soberano alemán, por ejemplar que hubiese sido su vida y por meritorios que fueran los servicios prestados por su padre á la dinastía que hoy rige los destinos de nuestra patria. Pero media una circunstancia que, no sólo recomienda esa conmemoración, sino que parece exigirla, la de que el autor del escrito en que se ha hecho al público, es otra Princesa, y esa española, joya tan preciada de nuestra Familia Real, que se haría verdaderamente lamentable el no comunicar á sus compatriotas la notabilísima producción de sus privilegiados talentos.

Esa producción es la Historia de la Princesa María Ana Carolina, en el claustro *Emanuèle Thérèse*, hija del Elector Maximiliano Emanuel de Baviera, y el autor, la Infanta de España María

de la Paz, princesa Luis Fernando de Baviera, también hermana, ella, de nuestro inolvidable soberano Alfonso XII, é hijo, él, de otra Infanta, Amelia, viuda del Príncipe Adalberto, todos bien conocidos y estimadísimos en este país y su corte. Pero es que, además, la Infanta Paz pasa entre nosotros por poetisa notable, autora de composiciones que, como la dedicada á la Virgen de la Almudena, primera que dió á luz con aplauso universal, están revelando su gran piedad y un patriotismo, sobre todo, que la hacen doblemente cara á los españoles en general, y á los amantes de las letras en esta tierra que tanto se ha distinguido en su ejercicio.

Todo eso y el culto que siempre he rendido á las virtudes, á la hermosura y el talento de tan excelsa princesa, ornato precia-
dísimo de la Corte española, me mueve á ofrecer á esta Real Academia el juicio de su reciente obra, que el cielo hará no sea la última, habiéndose ya anunciado que se estaba preparando otra referente á la Historia de nuestra patria.

La de la Princesa *Emanuèle Thérèse* de Baviera es en extremo peregrina. Peregrina, sí; y más por lo que puede calcularse que por lo que se dice en la escrita por la Infanta Paz, atenta solo, como es natural, á narrar la vida y cualidades de su protagonista.

Una niña en tan alta esfera nacida, de constitución física imperfecta, según se dice, enfermiza, por consiguiente, y necesitada de cuidados extraordinarios y de medicamentos que admiran, y con razón, por su número y calidad á la autora del libro, tenía que inspirar afectuoso interés y grandes preocupaciones para su porvenir.

Véase con qué gracia, verdaderamente ática, cuenta la Infanta Paz el estado de salud de la Princesita tres años después de ésta venir al mundo. «Desgraciadamente, dice, la pobre niña no gozaba de buena salud. Siendo médico mi marido el Príncipe Luis Fernando, sea permitido á la mujer de un médico reproducir por completo el atestado de un doctor de Bruselas el 25 de Febrero de 1699, y en que hace constar su temperamento bilioso y fleumático, así como su constitución, que califica de *Rachitis*». Y después de ir designando minuciosamente la medicación impues-

ta por aquel doctor, entre cuyos componentes entra el que llama *polvo católico*, destinado á corregir el estado linfático de la infeliz enferma, añade nuestra egregia compatriota el párrafo siguiente, con tanto donaire como ingenuidad:

«Cierto que el tratamiento medical de aquel tiempo era muy diferente del de nuestros días! He preguntado á mi marido qué es eso de los polvos católicos, y me ha contestado sonriéndose que ya no existen en la farmacopea moderna».

Pues bien, esa niña, cada vez más delicada, presa frecuentemente de la fiebre, de convulsiones, de catarros y, según es de presumir, de una tristeza muy extraordinaria, va á ser una segunda madre de hermanos menores que ella, su ángel custodio en las adversidades de que la política de su patria hace víctima á toda su familia.

Porque, sobreviniendo en Europa la llamada Guerra de Sucesión á la corona de España por el fallecimiento de Carlos II, el padre de *Emanuèle Thérèse*, el héroe de Buda, de Mohacz y Belgrado al servicio de Austria, pero Gobernador desde 1692 de nuestros Países Bajos, tomó partido por la Francia, y, de consiguiente, por la causa de Felipe V. En un principio, y siendo favorables las primeras campañas en Italia, Andalucía y Portugal, nada pudo turbar en Bélgica la marcha de las operaciones bajo la dirección de Maximiliano Manuel de Baviera, que mandaba el ejército franco-bávaro-español. Por entoces la Princesa, nacida en Bruselas el 4 de Agosto de 1696, debía hallarse en Munich con su madre Theresa Cunegonde, hija del celebérrimo Sobiesky. Pero poco después, victoriosos de Maximiliano en Höchstädt, Marlborough y el Príncipe Eugenio, la Baviera quedó á merced del Emperador; Munich fué ocupada por los austriacos; la Duquesa tuvo que retirarse á Venecia; sus hijos mayores salieron también desterrados, y sólo quedaron en su palacio ducal la Princesa y dos niños, resultando, como he dicho, Emanuèle Thérèse, de solos ocho á nueve años, el ángel custodio de sus infelices hermanos.

Por cierto que los bávaros, queriendo mostrar su lealtad á los hijos de su Elector, á la manera de como lo habían hecho los

húngaros á María Teresa de Austria, y prorrumpiendo en aclamaciones parecidas, *Antes morir como Bávaros que padecer la injusticia del Emperador*, se sublevaron contra ella, cayendo, empero, vencidos en Sendling y Aidenbach.

La situación de la Princesa, tan niña todavía, cada vez más enferma y hasta en peligro de perder la vista, llegó á hacerse difícilísima, aun bajo la dirección de una aya que, para colmo de contrariedades, creía el Elector, según dice nuestra Infanta, poco propia para desempeñar tal cargo. Y, sin embargo, de tal modo se manejó la Princesita con sus dos hermanos, que no mucho después, en 1706, su padre podía dirigirle consejos como el último á que se refiere en una de sus cartas. «No sabríais, la escribe, darme placer mayor hasta que la bondad Divina nos reuna, que el de hacer todo lo posible para lograr que se os permita escribirme cada semana, ó al menos cada quince días, y que yo sepa por vos misma cómo estáis vos y vuestros dos queridos hermanos y cómo empleáis el tiempo. *Pensad en que comenzáis á tener una edad que no debe emplearse inútilmente*».

Esa situación de la Princesa, ya he dicho, difícilísima, se agravó aún más con la rota de Villeroy en Ramillier, de Vendôme en Oudenarde y de Villars, por fin, en Malplaquet, que, aun siendo ésta la última de las victorias del implacable Marlborough, caído en desgracia de su soberana, y á pesar de la grandiosa de Felipe V en Villaviciosa, nos llevaron al ominoso tratado de Utrecht, que puso fin á la guerra de Sucesión.

La Infanta Paz nos sigue contando la vida de la protagonista de su interesante historia, ocupada, ya al tiempo de los preliminares de Rastatt, en la restauración del palacio y de los jardines de *Nymphenbourg*, hoy morada de nuestra egregia compatriota, lo feliz que hacen presumir su dulcísimo carácter, el amor de su sabio y simpático marido y la salud de sus hijos, circunstancias todas que los leales de España consideramos como garantía la más eficaz de la dicha allí reinante.

Por fin, en 1715, los austriacos evacuan Munich y entran los bávaros entre delirantes aclamaciones de los habitantes que, sin la intervención de las autoridades, hubieran cubierto de insultos

y maltratado cruelmente á los que tantos años les habían abrumado con sus atropellos y exacciones. Con eso y con la vuelta del Elector, la situación de la Princesa cambió completamente, teniendo que tomar el rango y los traeres de tal Princesa, de que la habían privado las desgracias que parecían inacabables de su familia, pero de que, sin embargo, la futura carmelita *ne s'en tira pas trop mal*, como se manifiesta en el hermoso libro á que me estoy refiriendo, escrito todo él en francés, sin duda para universalizarlo mejor. Lo que sí conmueve es el cuadro en que se recuerda el recibimiento hecho á la Electriz al volver del destierro en su palacio de Munich, cuadro pintado en el antiguo Museo Nacional, al que prefiere con todo la Infanta, el que, destinado al palacio de Schleissheim, se enseña ahora en el nuevo Museo. Dando su narración por la de un testigo ocular, dice la Infanta: «Ninguno de ellos (los hijos) podía al principio proferir una palabra. Pero la Electora los reconoció á todos y los designó uno á uno con sus nombres, por más que hubiesen cambiado de aspecto á tal punto, que sólo los ojos de una madre habrían podido reconocerlos.»

Con ese motivo se extiende la Infanta Paz en recordar cuál era la educación literaria, escasa en verdad, que entonces se daba á las señoras, señalando en las cartas de la familia ducal de Baviera los infinitos errores de ortografía en ellas cometidos, y añadiendo, así como para disculparlas, este sentidísimo apóstrofe: «Los padres son á veces ciegos y los príncipes están en general más habituados á dejarse engañar; de ahí el que Max Emanuel, hablando de Carlos Alberto á la Reina de Polonia, su suegra, cuando el Príncipe no tenía más de siete años, la dijese: *le hacen la minuta de la carta según lo que él manifiesta quererme decir, pero escribe sin agena ayuda y sin que nadie le lleve la mano.*»

No hay más tampoco, sino que escribía sobre la letra escrita antes con lápiz.

Pero llega el año de 1718 en que la Princesa cuenta ya 22 años, y se observa en ella una vocación perfectamente manifiesta por la vida del claustro, que, si contrariada al pronto por el

Electora, su padre, y por su abuela la Reina de Polonia, llegó por fin á realizarse, tomando el velo en Octubre del año siguiente.

Y he aquí un fragmento de la obra de nuestra Infanta en que muestra sus condiciones de historiador, como narrador y filósofo.

Al recordar la carta en que la Princesa cuenta á una monja, su amiga, las dificultades que se le oponen para contrariar su vocación, se dice:

«Lo que parece haberla hecho una profunda impresión es la visita de su tío, el Príncipe Constantino (hermano de su madre), en el otoño de 1718, cuando el Príncipe tenía 38 años y ella 22; la Princesa hace en una carta la descripción muy detallada de su persona, de su conversación, de sus maneras, y resume sus impresiones en las siguientes palabras traducidas del alemán: *«es, en una palabra, el Príncipe más amable que se puede hallar en el mundo, y le amo de un modo inaudito.»*

Mientras las demás cartas están cerradas con el escudo de Baviera, ella cierra esa con un sello que representa una columna coronada por un corazón y á cuyo pie se encuentra un Amorcillo rodeado de esta inscripción: *constant et fidèle*.

«¿Habremos encontrado, añade la Infanta Paz, el sentido del enigma?»

Jacques Normand dice en su poema «le roman de la Marquise»:

*Sombra indeleble ó deseo pasajero,
Toda mujer tuvo algo de novela en su vida.*

«La respuesta de la religiosa es muy lacónica en ese punto; sólo menciona el hecho de la visita y aprovecha la ocasión para dirigirla un largo sermón sobre sus deberes, aconsejándola, entre otras cosas, que no guste tanto de su espejo ni acaricie á su perro, que cubra bien su garganta y no ría tan alto ni muestre tanta vanidad bailando.

Es de presumir que la monja emplea su influencia en fortalecer en la Princesa su proyecto de entrar en el claustro.»

«Pero nadie preguntaba si su corazón había hablado, añade trasladando un párrafo del escrito de A. Barine, apropiado al caso: era un tiempo aquel en que las Princesas aún comprendían su papel de tales Princesas, y lo aceptaban sin murmurar de sus humillaciones, entre las que era sin contradicción la más penosa la de que no se contase con ellas para nada en su propio matrimonio y no reclamar su parte en la dicha doméstica.»

«Habíanse forjado también varios proyectos para la Princesa. En 1714, después de muerta la Reina María Luisa de España, se trató de un enlace con Felipe V, y el embajador de Baviera, conde D'Albert, andaba en negociaciones; pero la política de la Princesa de los Ursinos y del futuro cardenal Alberoni, que favorecían la candidatura de su compatriota la Princesa de Parma, desbarató el proyecto bávaro. Es muy probable que no se hablaría de él á nuestra María Ana Carolina. En el otoño del mismo año se quiso disponer otra vez de su mano; el Elector lo menciona en una carta de Saint Cloud de 19 de Diciembre á la Reina de Polonia.» Y tras de copiar esa carta, continúa la Infanta: «Esa alianza con Carlos Felipe (después Elector) le convenía por razón de Estado para realizar la estrecha unión con la casa Palatina. La abuela se entusiasmó con esa idea y escribió á su nieta: *después de la restauración de la casa á su primitivo lustre, no restaba para que se cumplieran todos mis deseos más que el placer de veros coronada.*»

Ese pasaje se refiere sin duda á la carta de Max Emanuel; no está probado, empero, si mediaron serias negociaciones sobre tal proyecto.

«El deseo de la abuela, el de ver una corona en la cabeza de su nieta, se realizó, pero al año siguiente y en un sentido más elevado: el 29 de Octubre de 1719, María Ana Carolina tomó el velo en el convento de Santa Clara de l'Anger de Munich.»

No se dirá que la Infanta Paz carece de condiciones de historiador, ni que la poesía la ofrezca obstáculos á su ejercicio.

La Princesa Ana María Carolina, que en el claustro tomó el nombre de *Emanuèle Thérèse* de los propios de sus padres, hubo, según llevo dicho, de vencer varios y poderosos obstáculos que

se le opusieron á la realización de su santo y al fin alcanzado propósito. La Infanta Paz los recuerda detalladamente, ocupando varias páginas de su interesante libro.

¿Para qué enumerarlos? Al describirlos, hallaríamos nuevos motivos para admirar la entereza de la Princesa bávara y el talento de la Infanta española, tanto en las excelencias de la narración, siempre clara y no pocas veces cándidamente intencionada, si así puede decirse, como en el estilo correcto, siempre también y flúido.

La vida del claustro no es generalmente fecunda en episodios que exijan narración que importe á la historia; y la de *Emanuéle Thérèse*, en lo que corresponde á la estancia de la Princesa que llevó ese nombre, tiene que carecer de esa acción peculiar á la vida del mundo, más en una corte como la de Baviera y cuando sus soberanos habían tenido que soportar ausencia tan larga y su familia separación tan dolorosa. Así es que el libro de la Infanta Paz, después de describir el convento en que se había recluso la Princesa, la observancia de sus reglas y las ceremonias que en él se celebraban, y sólo deteniéndose un poco en la de la toma de hábito de la augusta neófita, como en la de su solemne profesión, pasa á narrar las ocupaciones á que preferentemente se dedicaba en los treinta y un años que aún vivió, aunque principalmente á la penitencia y la oración.

«El 9 de Octubre de 1750, á las cinco de la mañana, dice nuestra Infanta, se fué á buscar al Confesor, que le dió la absolución general. La moribunda, por propia iniciativa suya, pidió el renovar sus votos, que la fueron pronunciados por la Abadesa y hubo de repetir ella, con lo que oyó en seguida la santa Misa y comulgó. Se comenzó á recitar las oraciones de los muertos; ella inclinó la cabeza, que hubo de sostenerle el Padre superior, y *Emanuéle Thérèse* dió su último suspiro murmurando: *¡Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu!*, entre siete y ocho de la mañana del 9 de Octubre de 1750, de edad ya de cincuenta y cuatro años.»

Á esa relación de la muerte de la Princesa María Ana Carolina, añade la autora de su historia la de sus funerales y el reque-

to de las virtudes que la adornaron, manifestando que, si en cuanto á sus talentos «no estaba á la altura de Madame Luisa de Francia, con quien no se puede menos de compararla, había ciertamente merecido la palma celeste», con lo que, y un brevísimo epílogo termina la Infanta Paz su interesante libro.

Adórnanlo, como se dice en la portada, dos frontispicios en colores, cinco láminas fuera de texto y 43 ilustraciones dentro de él, un cuadro genealógico y dos piezas de música, componiendo en su total un volumen de 83 páginas, mas la *Tabla de nombres* y los *Apéndices*; todo editado en hermoso papel, con caracteres de imprenta perfectamente limpios y estampas iluminadas, grabadas ó de fototipia, tan elegantes como apropiadas al objeto de la narración de tan peregrina historia. El retrato en colores de la Princesa y los grabados del de la misma en los diferentes períodos de su vida hasta el de su muerte; los de sus padres, hermanos y parientes próximos están presentados en el libro, dando perfectamente á conocer el mérito de los originales allí reproducidos; pero con particularidad fijan preferentemente la atención las láminas que representan el *Encuentro de la familia electoral después de su separación*, el *Concierto de familia en el palacio de Nymphenbourg en 1760* y las de interiores de habitaciones de aquel y otros edificios en que no se sabe qué admirar más, si la presumible belleza de los originales ó la perfección fotográfica de su reproducción. También son notables las dos piezas de música: la primera, cantada en la profesión de la Princesa, y la segunda, en sus funerales.

Es necesario ver y examinar detenidamente el libro á que me estoy refiriendo, si han de admirarse bastante su lujo, así como las infinitas bellezas de su esmeradísima edición.

Pero lo que nos toca admirar más, y como españoles ha más de satisfacernos, es la composición y el texto de ese libro, donde la Infanta Paz ha vertido las galas de su privilegiada inteligencia, de su espíritu de observación, de un celo que se revela con toda claridad en las investigaciones que habrá necesitado hacer para dar relieve histórico á su narración, y de un gran gusto literario.

Felicitémonos, pues, de tener en España una dama más que haga honor á las letras patrias, con tanto mayor lustre para ellas cuanto más alta es la esfera en que ha de brillar un talento, que se hace no poco extraordinario en el sexo de quien así lo exhibe.

La Academia hará de este informe el uso que crea más conveniente.

Madrid, 8 de Mayo de 1903.

JOSÉ G. DE ARTECHE.

II

DISCURSOS DE MEDALLAS Y ANTIGÜEDADES

QUE COMPUSO EL MUY ILUSTRE SEÑOR DON MARTÍN DE GUERRA Y ARAGÓN, DUQUE DE VILLAHERMOSA, CONDE DE RIBAGORZA, SACADOS AHORA Á LUZ POR LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA MARÍA DEL CARMEN ARAGÓN AZLOR, ACTUAL DUQUESA DEL MISMO TÍTULO, CON UNA NOTICIA DE LA VIDA Y ESCRITOS DEL AUTOR, POR DON JOSÉ RAMÓN MÉLIDA, DE LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO, BIBLIOTECARIO DE LA CASA DE VILLAHERMOSA.—1902.

Este es el título del libro publicado recientemente por la excelentísima Sra. Duquesa de Villahermosa, que V. E., con acuerdo de la Academia, se ha servido mandarme para informe en 6 del actual, y que adjunto le devuelvo cumplimentado su mandato.

En este libro la ilustre dama honra á los suyos, contribuyendo al mismo tiempo al esclarecimiento y estudio de la historia patria en la época de su mayor esplendor, dando con ello pruebas de su amor al progreso literario y al arte, pues procura sacar el partido posible de los valiosos documentos y producciones notables que se conservan en su archivo familiar, haciéndolos estampar con la esplendidez y buen gusto que en el día permiten los procedimientos gráficos en sus últimos adelantos, hasta el punto de poder figurar honrosamente al nivel de las primeras publicaciones de los países más adelantados.